



## LORD BYRON\*

VICTOR HUGO

(Con motivo de su muerte)

Estamos en el mes de junio de 1821. Lord Byron acaba de morir.

Pregúntasenos lo que pensamos sobre lord Byron, y tocante á lord Byron difunto. ¿Qué vale nuestra opinion? ¿Para qué manifestarla, á no ser que se suponga que es imposible á quien quiera que sea no decir algunas palabras dignas de ser recogidas en presencia de tan gran poeta y de suceso tan grande? Si hemos de dar crédito á las ingeniosas fábulas de Oriente, toda lágrima que cae al mar conviértese en perla.

En medio de la existencia peculiar que debemos á nuestra aficion á las letras, en la pacífica region en que nos ha colocado el amor de la independencia y de la poesía, la muerte de lord Byron debió herirnos, en cierto modo, como una calamidad doméstica. Ha sido para nosotros una de esas desdichas que nos tocan de cerca. El hombre que ha dedicado sus dias al culto de las letras, siente el círculo de su vida física estrecharse á su alrededor, al propio tiempo que se ensancha la esfera de su existencia intelectual. Un reducido número de séres queridos ocupan las ternuras de su corazon,

mientras que todos los poetas, muertos y contemporáneos, extranjeros y compatriotas, apodéranse de los afectos de su alma. La naturaleza habíale dado una familia, la poesía créale otra nueva. Sus simpatías, que tan pocos séres despiertan á su derredor, corren en pos, á través el torbellino de las relaciones sociales, al otro lado de los campos y del espacio, de algunos hombres que comprende y de que se siente digno de ser comprendido. Mientras que en la rotacion monótona de los hábitos y de los negocios, la muchedumbre de los indiferentes lo magulla y lo ofende sin despertar su atencion, establécense entre él y los contados hombres que su inclinacion ha elegido, íntimas relaciones y comunicaciones, por decirlo así, eléctricas. Dulce comunidad de ideas liga, con lazo invisible é indisoluble , á esos séres privilegiados, aislados en su planeta como él lo está en el suyo; de suerte que, cuando casualmente llega á encontrarse con uno de ellos, bástales una mirada para revelarse entre sí; una palabra, para penetrar mutuamente el fondo de sus almas y reconocer su equilibrio; y, pasados algunos instantes, esos dos extranjeros trátanse como dos hermanos amamantados en unos mismos pechos, como dos amigos probados por el mismo infortunio.

Que nos sea permitido decirlo, y si fuese preciso alabarnos de ello: una simpatía como la que acabamos de indicar nos arrastraba hácia lord Byron. No era ciertamente el atractivo que el genio inspira al genio, pero sí un sentimiento sincero de admiracion, de entusiasmo y de reconocimiento; pues debemos estar reconocidos á aquellos hombres cuyas obras y actos hacen latir noblemente el corazon. Cuando nos fue anunciada la muerte de aquel poeta, pareciónos que nos arrancaban parte de nuestro porvenir. Con toda la amargura de que es susceptible nuestro corazon renunciamos á la esperanza de entablar con Byron una de esas poéticas amistades que tanto nos complacemos en mantener con casi todos los principales ingenios de nuestra época, y le dirigimos ese precioso verso con que un poeta de su escuela saludaba la sombra generosa de Andrés Chenier:

Adios pues, jóven amigo, á quien no he conocido.

Ya que se nos ha escapado una frase sobre la escuela particular de lord Byron, no estará tal vez fuera de propósito examinar aquí qué lugar ocupa en el conjunto de la literatura actual, á la que se ataca cual si pudiera ser

vencida, y se la calumnia como si fuese posible condenarla. Espíritus falsos, hábiles para sacar de su centro todas las cuestiones, tratan de acreditar entre nosotros un error bien singular. Han imaginado que la sociedad actual veíase retratada en Francia por dos literaturas enteramente contrarias, es decir, que el mismo árbol daba á la vez sin esfuerzo dos frutos de especie distinta, que la misma causa producía simultáneamente dos efectos incompatibles. Mas esos enemigos de toda innovacion ni siquiera han notado que creaban con esto una lógica del todo nueva, y diariamente tratan á la literatura que nombran clásica como si viviera todavía, y la que llaman romántica cual si estuviese próxima á desaparecer. Esos doctos retóricos, que incesantemente se proponen cambiar lo existente con lo que no existe, recuérdannos involuntariamente el Rolando loco del Ariosto que suplica con toda gravedad á un transeunte que acepte un jumento muerto á cambio de un caballo vivo. Verdad es que Rolando conviene en que está muerto su jumento, cuidándose de añadir que este es su único defecto. Empero los Rolandos del pretendido género clásico aun no han llegado á tal altura tocante á juicio y buena fé. Será preciso, pues, arrebatárles lo que no quieren conceder, y declararles que en la actualidad solo existe una literatura así como solo existe una sociedad; que las literaturas anteriores, si bien nos han dejado monumentos inmortales, tuvieron que desaparecer y desaparecieron con las generaciones cuyos hábitos sociales y emociones políticas pintaron. El genio de nuestra época puede ser tan bello como el de las épocas mas ilustres, pero nó idéntico; ya no depende de los escritores contemporáneos resucitar una literatura (1) fuera de moda, así como no está en manos del jar-

(1) Conviene no perder de vista, al leer esto, que por las palabras literatura de un siglo ha de entenderse, no solo el conjunto de obras producidas durante dicho siglo, sino tambien el orden general de ideas y de sentimientos que (las mas de las veces sin noticia de los mismos autores) presidiera á su composicion.

dinero hacer reverdecer las hojas otoñales en las ramas de primavera.

No hay que formarse ilusiones: es vana tarea, sobre todo, que un corto número de espíritus mezquinos traten de encauzar las ideas generales hácia el pernicioso sistema literario del pasado siglo. Ese terreno, naturalmente árido, hace tiempo que nada produce. Por otra parte, no es posible revivir los

madrigales de Dorat despues de las guillotinas de Robespierre, ni tampoco es dado resucitar á Voltaire en el siglo de Bonaparte. La literatura real de nuestros días, aquella que se proscribe á los autores al modo de Arístides; aquella que, repudiada por todas las plumas, es adoptada por todas las liras; aquella que, á pesar de una persecucion vasta y calculada, ve abrirse todos los talentos en su esfera tempestuosa, como esas flores que solo medran en sitios azotados por el aquilon; aquella, en fin, que, reprobada por los que sentencian sin meditar, es defendida por cuantos piensan con el alma, juzgan con el espíritu y sienten con el corazon, esta literatura no tiene el porte blando y descarado de la musa que cantó al cardenal Dubois, halagó á la Pompadour y ultrajó á nuestra Juana de Arco. Esta literatura no interroga ni el crisol del ateo, ni el escalpelo del materialismo; esta literatura no pide prestado al escepticismo la balanza de plomo cuyo equilibrio destruye el interés y solo el interés; esta literatura no produce en las orgías cantos incitando al degüello; esta literatura no conoce la adulacion ni la injuria; esta literatura no presta seducciones á la mentira, no roba su encanto á las ilusiones. Extraña á cuanto no constituye su verdadero fin, bebe la poesía en las fuentes de la verdad. Su imaginacion fecundízase por medio de las creencias. Ella sigue los progresos del tiempo, pero con grave y reposado paso. Su carácter es sério, melodiosa y sonora su voz. Ella es, en una palabra, lo que debe ser el pensamiento comun de una gran nacion al término de grandes calamidades: triste, altiva y religiosa. Cuando es preciso, no titubea en mezclarse con las públicas discordias para juzgarlas ó aquietarlas. Porque ya no estamos en tiempo de las canciones bucólicas, y no será la musa del siglo diez y nueve la que pueda decir:

Non me agitant populi fascēs, aut purpura regum.

Sin embargo, esta literatura, así como todas las cosas humanas, presenta en su misma unidad su lado sombrío y su lado consolador. En su seno hánse formado dos escuelas, que representan la doble situacion en que han dejado nuestro ánimo las desdichas políticas: la resignacion y el abatimiento. Ambas reconocen lo que negara una filosofía burlona, la eternidad de Dios, el alma inmortal, las verdades primordiales y las verdades reveladas; empero ésta para adorar, aquélla para maldecir. Una lo ve todo desde las regiones celestes, la otra desde los profundos

infiernos. La primera coloca en la cuna del hombre un ángel que todavía ve cernerse sobre su lecho de muerte; la otra rodea sus pasos de espíritus infernales, de fantasmas y de apariciones siniestras. La primera dícele que confie, porque nunca está solo; la segunda atemorízalo y lo aísla incesantemente. Las dos poseen en idéntico grado el arte de bosquejar escenas graciosas y de dibujar terribles siluetas; mas la primera, atenta á no desgarrar nunca el corazón, imprime á los mas sombríos cuadros cierto reflejo divino; la segunda, cuidando siempre de entristecer, expone sobre las imágenes mas risueñas un á modo de resplandor infernal. La una, en fin, aseméjase á Emanuel, dulce y fuerte, recorriendo su reino en un carro tirado por el rayo y por la luz; la otra es ese soberbio Satanás (1) que tantas estrellas arrastró en su caída al ser precipitado del cielo á la tierra. Esas dos escuelas gemelas, fundadas bajo una misma base, y nacidas por así decir en la misma cuna, parécennos especialmente representadas en la literatura europea por dos genios ilustres: Chateaubriand y Byron.

Al vernos libres de nuestras prodigiosas revoluciones, dos órdenes políticos luchaban en un mismo terreno. Una sociedad vetusta acababa de hundirse, y empezaba á levantarse otra sociedad nueva. Aquí ruinas, mas allá bosquejos. Lord Byron, en sus fúnebres lamentos, ha expresado las postreras convulsiones de la sociedad agonizante. M. de Chateaubriand, con sus inspiraciones sublimes, satisfizo las primeras necesidades de la sociedad reanimada. La voz del uno es como el canto del cisne á la hora de su muerte; la del otro parece al canto del ave fénix renaciendo de sus cenizas.

Por la tristeza de su genio, por el orgullo de su carácter, por las tempestades de su vida, lord Byron es el tipo del género de poesía cuyo cantor fue. Todas sus obras llevan el sello profundo de su individualidad. Aparécese siempre cual figura sombría y altiva que el lector ve pasar en cada poema como á través de negro crespon. Sujeto algunas veces, lo mismo que todos los pensadores profundos, á lo vago y oscuro, tiene frases que sondan completamente el alma, suspiros que relatan toda una existencia. Parece que su corazón se entreabre á cada idea que brota como un volcán vomitando el rayo. El dolor, la alegría, las pasiones, no constituyen un misterio para él, y si solo deja ver los objetos reales á través de un velo, ofrece desnudas de sus atavíos las regiones ideales. Puede reprochársele que descuida completamente el orden de sus poemas,

defecto grave, pues un poema que

(1) Es este un sencillo parangón que no basta á justificar el título de escuela satánica con que ha bautizado un hombre de talento á la escuela de lord Byron.

carece de orden es un edificio sin armadura ó un cuadro sin perspectiva. Asimismo lleva demasiado lejos el lírico desde las transiciones, y en ocasiones se desearía que ese pintor tan fiel de las emociones interiores arrojase sobre las descripciones físicas resplandores menos fantásticos y tintas no tan vaporosas. Con harta frecuencia su genio aseméjase á un paseante sin dirección fija que sueña mientras va andando, y que, absorto en una intuición profunda, solo conserva una idea confusa de los sitios que ha recorrido. Sea como fuere, aun en sus obras menos bellas, aquella imaginación caprichosa elévase á alturas donde no es dado llegar sin estar provisto de alas. Aunque fije el águila sus ojos en la tierra, no se borra por eso su mirada sublime cuyo alcance la lleva á abarcar el sol (1). Háse pretendido que el autor de Don Juan

(1) En el momento en que toda Europa tributa un ruidoso homenaje al genio de lord Byron, proclamado grande hombre desde el día en que murió, los que nos lean verán con curiosidad algunas frases del notable artículo con que la Revista de Edimburgo, acreditado periódico, saludó al ilustre poeta en los albores de su carrera. Por otra parte, el mismo tono emplean ciertos periódicos mañana y tarde tocante á los primeros talentos de nuestra época.

«Las poesías de nuestro jóven lord están clasificadas entre las que no son toleradas ni por los dioses ni por los hombres. Sus inspiraciones son tan llanas, que pudieran compararse al agua de un estanque. Como si quisiera encontrar una excusa á su imprevisión, el noble autor no cesa de repetir que todavía no ha llegado á su mayor edad... Tal vez quiera decirnos: «¡Ved cómo escribe un menor!» Pero ¡ah! Todos recordamos los versos que hacia Cowley á la edad de diez años, y los de Pope cuando solo contaba doce. Léjos de sorprendernos que un colegial haya escrito unos cuantos malos versos al abandonar el colegio, creemos el hecho muy vulgar, y que de diez colegiales nueve pueden hacer tanto ó mas que lord Byron.

»Únicamente esta consideración (el rango del autor) nos mueve á ceder un lugar en nuestras columnas para las elucubraciones de lord Byron, además del deseo de aconsejarle que abandone la poesía empleando mejor su talento.

»Así pues, dirémosle que la rima y el número de piés, aunque éste fuese

siempre regular, no constituyen toda la poesía; quisiéramos se persuadiera de que son indispensables un poco de ingenio y de imaginación, y que para ser leído hoy día un poema, requiérese que encierre alguna idea nueva ó expresada de modo que lo parezca.

»Lord Byron debiera asimismo guardarse de intentar lo que otros grandes poetas han probado antes que él, pues nunca son agradables las comparaciones, como ha tenido ocasión de enseñárselo su maestro caligráfico.

»En cuanto á sus imitaciones de la poesía osiánica, estamos tan poco versados en ella, que nos arriesgaríamos á criticar el estilo Macpherson puro si intentásemos dar nuestra opinión sobre las rapsodias de este nuevo imitador... Cuanto podemos decir aquí es que tienen un tinte macphersoniano; y seguros estamos de que son tan estúpidas y fastidiosas como las de nuestro compatriota.

»Gran parte del volúmen está consagrado á inmortalizar las ocupaciones del autor durante su educación. Nos pesa tener que dar una mala idea de la salmodia del colegio citando estas estancias áticas:... (Aquí la cita.)

«Mas, sea cual fuere el juicio que nos merezcan las poesías del noble menor, parécenos que debemos tomarlas como las encontramos y con

tentarnos con ellas: serán las últimas que de él recibamos...

Obtenga ó nó buen éxito en su empresa, no es probable que condescienda de nuevo á figurar como autor. Tomemos, pues, lo que se nos ofrece y mostrémonos reconocidos. ¿Con qué derecho andaríamos con melindres, miseros de nosotros? Mucho nos honra un hombre de la clase del noble lord distinguiéndonos con los productos de su imaginación. Mostrémonos reconocidos, lo repetimos, y añadamos con el buen Sancho: «¡Que Dios bendiga al que nos dá! A caballo presentado no hay que mirarle el diente.»

Lord Byron vengóse de ese despreciable fárrago de lugares comunes, tema perpétuo que la envidiosa medianía reproduce incesantemente contra el genio. Los autores de la Revista de Edimburgo viéronse obligados á reconocer su talento hostigados por los golpes de su acerba sátira. El ejemplo no es de despreciar; sin embargo, confesamos que mas nos hubiera agradado ver á lord Byron pagar el insulto con el desden. Si no era este el consejo que le dictaba su interés, hubiese sido á lo menos propio de su dignidad pertenecía, por uno de los rasgos de su ingenio, á la escuela del autor de Cándida. ¡Error! hay grandísima diferencia entre la risa de Byron y la risa de Voltaire. Voltaire no había sufrido como el bardo inglés.

Esta seria ocasión de entrar en algunos detalles sobre la tormentosa vida del noble poeta: mas, en la incertidumbre en que nos encontramos tocante á las causas reales de las desdichas domésticas que agriaron su carácter, preferimos callarnos, temerosos de que

nuestra pluma se extravíe sin quererlo. Solo conocemos á lord Byron por sus poemas, y nos halaga suponer su existencia en consonancia con su alma y su genio. Como todos los hombres superiores, no cabe duda que ha sido el blanco de la calumnia. A ésta, pues, atribuimos los rumores injuriosos que por tanto tiempo fuéron unidos al nombre ilustre del poeta. Por otra parte, aquélla que recibiera la ofensa hála sin duda olvidado al pié de la tumba del poeta. Confiamos en que le habrá perdonado, pues figuramos en el número de los que piensan que el ódio y la venganza quedan desarmados ante la losa de un sepulcro.

Y nosotros, perdonémosle también sus fallas, sus errores, y hasta aquellas obras en que pareció descender de la doble altura de su carácter y de su talento; perdonémosle, ¡murió tan noblemente! ¡fue tan meritoria su caída! En aquellos momentos asemejábase á un bélico representante de la musa moderna en la patria de las musas antiguas. Generoso auxiliar de la gloria, de la religion y de la libertad, habia puesto su espada y su lira al servicio de los descendientes de los primeros guerreros y de los primeros poetas; y ya el peso de sus laureles hacia inclinar la balanza en favor de los desdichados helenos. Nosotros le debemos, en particular, profundo reconocimiento. Lord Byron probó á la Europa que los poetas de la nueva escuela, aunque adoren mas á los dioses de la Grecia pagana, admiran siempre á sus héroes, y que si desertaron del Olimpo, siquier no dieron el último adiós á las Termópilas.

La muerte de Byron ha sido recibida en todo el continente con señaladas muestras de dolor universal. El cañon de los griegos saludó por largo tiempo sus restos mortales, y el luto nacional consagró la pérdida de ese extranjero entre las públicas calamidades. Las orgullosas puertas de Westminster hánse abierto como por sí mismas, para que la tumba del poeta honrara el sepulcro de los reyes. ¿Nos atreveremos á decirlo? En medio de tan gloriosas muestras de la afliccion general, nos fijamos en el solemne testimonio de entusiasmo que tributaba París, capital de la Europa, á la heróica sombra de Byron, y hemos visto el símbolo de la locura insultando su lira y unas míseras tablas ultrajando su ataud (1).

(1) Pocos dias despues de recibida la noticia de la muerte de lord Byron, representábase, en un teatro del boulevard cuyo nombre no recuerdo en estos momentos, cierta bufonada de mal tono y peor gusto, donde la personalidad del noble poeta aparece en escena bajo el ridículo nombre de lord Tres Estrellan.



\*Extraído del libro Hombres Célebres  
Traductor: Mariano Blanch (1891)  
Texto revisado y preparado por José García Postigo.  
Fecha realización: Marzo, 2012.  
Lugar: Melilla (España.)

2012- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

